

dado obsequiarle con un bastón de su autoridad, sufragando entre todos su coste, por darse la satisfacción de tomar parte en la obra justiciera de recompensar su labor meritotia, ya de antemano aquilatada en su justo valor por las personas sensatas e imparciales, que saben juzgar a los hombres prescindiendo de la pasión política y ateniéndose únicamente a los puros dictados de la conciencia. Seale grato este agasajo que a gulsá de homenaje le rendimos, y, al propio tiempo, sirvale de acicate que espolee sus energías y de estímulo para perseverar en la magna empresa empezada, seguro de que a la admiración que hoy le tributan las gentes de su tiempo, sucederá el aplauso de la posteridad, que es el honor máximo que la historia reserva a los hombres de bien.

Con eso, con eso que D. Pio Navarro reconocía, en tan diversas ocasiones, en el actual Tesorero, es con lo que únicamente se evitan aquellos hechos. Todo lo demás es tan infructuoso, como esa tutela autodativa que ostenta dicho señor respecto a los nietos de los Patronos primeramente instituidos, que por más solicitudes que les hace para que pidan, los pupilos maldito el caso que otorgan al improvisado tutor. Y es que se harán la cuenta, de que si ahora lucha con denuevo el tutor para patronizarlos, mañana quizás, no muy tarde, se vean perseguidos para despojarlos de la investidura. Ahí de los precedentes.

No hubiéramos querido molestar más la atención de S. I.; pero D. Pio Navarro no está dispuesto a que termine la danza que comenzó hace siete años. Quiere continuarla y por los mismos procedimientos, perfeccionados, puesto que ya hasta la futura conducta de las gentes no queda libre de sus diatribas, siendo esto un reconocimiento que hace de su impotencia para formular cargos concretos y precisos, como repetidamente, se le ha invitado a que lo haga, contra lo pretérito y lo presente.

Puesto que así lo quiere D. Pio Navarro Moreno, que continúe, y bien sabe Dios que sólo por él lo sentimos; pues como no haga resolución de abandonar ese camino que tiene emprendido de la injuria y de la calumnia; como no se decida a hacer uso del perfectísimo derecho que le asiste a discutir los actos y las personas que tenga por conveniente, pero con la discusión franca, leal, concreta; sin la insidia, sin la reticancia, sin la alusión mortificante, cosas de que sólo echa mano el hombre que no discute de buena fé, el que sólo trata de producir efecto en la galería, el que solo quiere que la verdad no resplandezca, porque sus rayos le hieren los frutos que de seguro habrá de cosechar serán bien amar-

gos.

Tome nuestro ejemplo. Obligados por su conducta y en legitima defensa de la propia, nos hemos visto en la sensible, si, sensible, necesidad de discutir algunos de sus actos, y lo hemos hecho concretándolos de un modo que no diera lugar a la más ligera duda, y diciéndole: si mentimos, no se encontrará con un testafarro, aquí estamos para purgar nuestro error. Así se aporta a toda discusión un caudal de nobleza, puesto que al adversario se le dan armas para que se defienda. Lo contrario es herir a mansalva, sobreseguro, en acecho, y eso es impropio de toda persona bien nacida.

Si D. Pio Navarro cree que nuestros amigos observan o han observado, en cualquier orden, una conducta acreedora de su censura, en pugna con lo que todos estamos obligados a defender; si, concretándonos al Colegio de San José, de esta villa, él sabe o piensa, o tiene el más ligero temor, de que esos amigos no hayan respondido dignamente a la confianza que se depositó en ellos, vengan los hechos, que la certeza de los mismos la proclamaremos nosotros, a mayor tono que lo pueda hacer D. Pio Navarro Moreno.

Lo demás, déjelo D. Pio para los que honran con sus ultrajes. A él no le corresponde ese modo de obrar, siquiera sea por respeto al sagrado ministerio que ejerce.

CONTENTOS Y TRANQUILOS

Nuestra fidelidad y constancia en seguir afiliados a la política de D. Antonio Maura, caudillo tanto más grande cuanto más pequeños son los enemigos que le combaten, si es medida esa pequeñez con relación a la carencia de cualidades morales en los que por fines particulares y aturcidos por la fuerza abrumadora de la rectitud en el proceder y de la bondad de la doctrina proclamaron el «Maura, no», produce en nosotros una especie de satisfacción que ciertamente no han de experimentar nunca los que, lejos de amar la idea, suspiran siempre y siempre buscan la prosaica realidad que dimana del goce del presupuesto.

Y esta satisfacción nos lleva como por encanto a los amenos campos de la tranquilidad que en la conciencia causa el deber cumplido. Consideramos salvadores—y nuestra libertad de pensar y juzgar nos da derecho a ello—los principios en que descansa la política maurista; observamos en el Sr. Maura una abnegación tal y un convencimiento tan grande en sus ideales, que le hacen ser el hombre consecuente en la política española; estudiamos sin prejuicios ni pasiones sus discursos tan admirados de todos y tan aplaudidos por sus mismos enemigos, y encontra-

mos en ellos el remedio pronto, eficaz y universal de todos los males que padecemos en el orden político-social, y porque así lo creemos y así juzgamos nos adherimos a su programa, sin parar mientes en si ese programa será pronto un hecho ni en si esa política actuará de inmediato.

¿Que hay quien nos tilde de visionarios, arcáicos y casi muertos? ¿Que importa! Al visionario no se oye y al muerto no se teme; y no seremos lo uno ni lo otro cuando constituimos el grave peso que mina la existencia de los mismos que se dicen sordos a nuestras voces ó se proclaman invulnerables a nuestros justos ataques.

Sigan gozando de las dulzuras del poder los que *adulan* al poderoso, pero día llegará y quizás no muy lejano en que esos señores que hoy desprecian y censuran la política maurista, acudan como de costumbre a las puertas de los hoy *despreciados*, implorando perdón de pasadas culpas y solicitando con lágrimas de *benitos* y *santones* la amistad de los que hoy, más que nunca, viven contentos y tranquilos, aun cuando no vislumbren la aurora del poder ni el día del engrandecimiento.

Así, pues; en la medida de nuestras fuerzas trabajaremos sin descanso en pro de nuestros ideales, y tenemos la esperanza de que algún día coronará el éxito nuestros esfuerzos: que la política Maurista conquista sin cesar corazones sanos y atrae a su seno previligadas inteligencias que han de dar a la madre España timbres de honor, y coronas de gloria.

amargos de este mundo, el saludable bálsamo para todas las heridas que abren en el espíritu los tristes desengaños que la sociedad prodiga, la voz del cielo que me indicaba los peligros señalándome al mismo tiempo el recto camino de la honradez y la virtud, por el que siempre andaste... ese vacío no se llenará con nada, y si no siento los horrores de la nada y las convulsiones de la desesperación es porque creo que tú, como yo y todos los seres racionales, tenías un espíritu inmortal como el soplo de Dios, y ese espíritu, libre del peso de la materia, voló a regiones superiores para recibir allí, de las manos del Sér supremo, a quien tanto amabas, el premio de tus virtudes y la recompensa de toda tu vida santa.

¡Descansa en paz, madre inolvidable, y ya que a Ti no pueden llegar las lágrimas con que lloro tu separación, que lleguen los efectos de las oraciones que diariamente elevo al Todopoderoso por tu eterno descanso!

Requiem aeternam dona ei, Domine.

J. MAURANDI.

22 marzo 1916.

El espejo de las hadas

CUENTOS PARA NIÑOS

I

Cuentan que antiguamente solían las hadas y los géneos obsequiar a los príncipes recién nacidos, con dones de gran valor y portentosos efectos.

A los unos les daban una varita de virtudes, por medio de la cual conseguían cuanto deseaban; a otros un anillo hechizado que los hacía invisibles, a éstos cuantiosos tesoros, poder sobre los elementos a aquellos, y a todas cosas que llenaban de admiración y espanto.

En la actualidad no sucede nada de eso, lo que no deja de ser una desgracia para los príncipes.

La fecha de nuestro relato se remonta a los buenos tiempos de aquellos fantásticos seres.

II

Había en un reino, desaparecido del mundo hace muchos años, un rey y una reina, cuyo principal anhelo era tener un hijo que heredase la corona de su reino y los cuantiosos tesoros que poseían; pero durante treinta años el cielo fué sordo a sus clamores, que al cabo fueron oídos cuando la cabeza del rey estaba cubierta de canas, sus piés vacilantes y su espalda encorbada

A la memoria de mi madre

EN EL V.º ANIVERSARIO DE SU MUERTE

Hoy se cumplir cinco años, madre amada, que rendiste el tributo que todos debemos a la muerte, y al extinguirse tu existencia temporal, aquella dulce existencia que llenaba de ilusiones y alegrías, de contento y bienestar el santuario de la casa en que reinabas y en el que recibías la veneración del cariño que por tí sentían los que de tí recibieron al par que la vida las santas máximas de cristiana educación, se extinguieron también para siempre las inefables satisfacciones y dulces emociones que encarna en un hijo amante la venerable figura de la madre adorada.

Si, madre mía, el vacío que tu muerte dejó en mi corazón, porque perdí con tu vida el ángel terreno de mi existencia, el refrigerio consolador en los trances